

Invócale continuamente en todas tus necesidades. No emprendas cosa considerable sin implorar su asistencia; y cuando hagas viaje, di al comenzar tu jornada la oracion que se reza hoy en la misa.

2. Aunque todos los dias debemos honrar á nuestro santo Angel, y aun invocarle muchas veces cada dia, hay uno en la semana consagrado particularmente á su culto, y este es el martes. Reverénciale singularmente en este dia, y no dejes de rezarle en él la oracion siguiente:

*O fidelissime comes à Deo tutelæ meæ assignate; protector et defensor meus, nunquam recedens à latere meo; quas tibi gratias referam pro fide, amore, innumerisque in me collatis beneficiis? Tu dormienti advigilas, mœstum solaris, dejectum erigis, imminencia pericula avertis, futura doces cavere, à peccatis abstrahis, ad bonum impellis, lapsum ad pœnitentiam hortaris, Deoque concilias. Jam dudum fortassis in infernum detrusus fuisset, nisi tuis precibus divinam à me iram avertisses. Ne, precor, me unquam deseras. In adversis solare, in prosperis contine, in periculis tuere, in tentationibus adjuva, ut iis nunquam succumbam. Preces, et gemitus meos, omniaque pia opera divino conspectui offer, atque effice, ut in gratia ex hac vita perveniam ad vitam æternam. Amen.*

«O fidelísimo compañero y custodio mio, destinado por la divina Providencia para mi guarda y tutela, protector y defensor mio, que nunca te apartas de mi lado, ¿qué gracias te daré yo por la fidelidad que te debo, por el amor que me profesas, y por los innumerables beneficios que cada instante estoy recibiendo de tí? Tú velas sobre mí cuando yo duermo; tú me consuelas cuando estoy triste; tú me alientas cuando estoy desmayado; tú apartas de mí los peligros presentes, me enseñas á precaver los futuros, me desvías de lo malo, me inclinas á lo bueno, me exhortas á pe-

nitencia cuando he caido, y me reconcilias con Dios. Mucho tiempo ha que estaría ardiendo en los infiernos si con tus ruegos no hubieras detenido la ira del Señor; suplicote que nunca me desampares. Consuérame en las cosas adversas; modérame en las prósperas, librame en los peligros, ayúdame en las tentaciones para no dejarme vencer de ellas jamás. Presenta ante los ojos de Dios mis oraciones, mis gemidos y todas las buenas obras que yo hiciere, consiguiendome que desde esta vida sea trasladado en gracia á la vida eterna. Amen.

---

### DIA TERCERO.

#### SAN GERARDO, ABAD DE BROÑA.

San Gerardo, hijo de Stancio, pariente muy cercano de Haganon, duque de la Austrasia inferior, y de Plectrudis, hermana de Estéban, obispo de Lieja, nació al mundo hácia el fin del noveno siglo. Conocióse bien desde la cuna que le habia prevenido el cielo con sus mas dulces bendiciones; porque su bello natural, su inclinacion á la virtud, su modestia y su docilidad fueron presagio de la eminente santidad á que con el tiempo habia de llegar. Diósele una educacion correspondiente á los niños de su esfera; pero su virtud fué siempre muy superior á la edad. Nunca se desmintió ni en los estudios ni en los demás ejercicios de su vida. Evitó siempre con el mayor cuidado todo lo que podia manchar aquella su virginal pureza, que se conservó tan limpia entre los peligros de la corte, como entre las defensas del claustro. Contenia su modestia aun á los mas disolutos; y cualquiera palabra libre

llenaba su modesto semblante de empacho y de rubor.

Hiciéronle sus padres seguir desde muy jóven la carrera de las armas, que parecía la vocacion ordinaria de los mozos de su calidad. Reputábase entonces la corte de Berenguer, conde de Flandes, por la mas brillante de toda la Europa; y fué enviado á ella Gerardo para instruirse en esta escuela. Tardó poco en distinguirse en ella por todas las bellas prendas que le adornaban, por aquel espíritu vivo, afable, brillante y naturalmente cortesano; pero singularmente por su prudencia y extraordinaria cordura. No se habia visto en mucho tiempo caballero mozo mas cabal ni mas cristiano. La corte, ordinario escollo de la inocencia, solo sirvió para dar nuevo realce á la suya. No omitió alguno de sus santos ejercicios, y de tal manera supo unir las preeminencias de su nacimiento con las obligaciones de su religion, que sus virtuosos urbanísimos modales honraban su devocion, y su devocion aumentaba mucho esplendor á su ilustre nacimiento.

Portóse Gerardo con tanta prudencia en la corte de Namur, que el conde le introdujo en todos sus consejos, y le acordó toda su confianza. Al volver un dia de caza, encontró á tres leguas de Namur, en un sitio llamado Broña, una capillita que Pipino habia mandado edificar. Entró en ella á hacer oracion, y fatigado de lo mucho que habia corrido, se quedó dormido, y tuvo un sueño en que le pareció veía al apóstol san Pedro, que le mandaba erigiese en aquel mismo sitio una iglesia, y la enriqueciese con las reliquias de su discípulo san Eugenio, mártir. Despertó, y le dió mucho que discurrir el misterioso sueño, porque ni jamás habia oido nombrar á san Eugenio, ni mucho menos sabia donde paraban sus reliquias. Sin embargo, como aquel terreno era suyo, edificó en él una

magnífica iglesia, y fundó algunas capellanías para que fuese mejor servida.

Por este tiempo se le ofreció al conde de Namur cierto negocio de grande importancia, que se habia de tratar con el príncipe Roberto, y para manejarle, envió á Gerardo á la corte de Francia. Luego que llegó á Paris, dejando allí á sus criados, se fué solo al monasterio de San Dionisio para lograr en él algunos dias de retiro. Asistiendo un dia á los divinos oficios que cantaban los monjes, observó que entre los patronos del monasterio hacian conmemoracion de san Eugenio, mártir, y esta casualidad le trajo á la memoria el sueño que habia tenido en su iglesia de Broña. Informóse de los mismos monjes quién era aquel san Eugenio; y diciéndole que habia sido un discípulo de san Pedro que tuvo la dicha de derramar su sangre por la fe de Jesucristo, y que su cuerpo se veneraba en aquel monasterio, refirió á algunos religiosos lo que le habia sucedido y lo que habia soñado, manifestando vivos deseos de lograr aquella reliquia para enriquecer con ella su iglesia de Broña: pero los monjes le dieron á entender que no estaban dispuestos á hacerle semejante regalo, y que nunca se privaria el monasterio de tan inestimable tesoro. Como nada pudo conseguir, se restituyó á Paris, y terminada su negociacion con el príncipe Roberto, se retiró á dar cuenta de ella á Berenguer sin perder las esperanzas de lograr algun dia la deseada reliquia.

Mientras estuvo retirado en el monasterio de San Dionisio, le hizo tanta impresion el sosiego y la felicidad de la vida religiosa, y quedó tan edificado de lo que habia visto practicar á los monjes, que salió con deseos de dejar el mundo y de volverse al mismo monasterio para pasar en él el resto de sus dias. Aunque el estado en que se hallaba era tan tentador; aun-

que las esperanzas que le prometían su nacimiento, sus raras prendas y su valimiento en la corte eran tan lisonjeras; el vacío de los bienes aparentes, la brevedad de la vida y el pensamiento de la eternidad avivaban cada día más sus deseos del retiro, aumentando el tedio que le causaban todas las cosas del mundo. Siendo tan estrecha la amistad que el conde y él se profesaban, le pareció no debía ocultarle sus intentos; y así se abrió con él, declarándole que, no habiendo en el mundo negocio que le interesase tanto como el de su salvación, estaba resuelto á volver las espaldas á aquel para dedicar toda su atención á este. Movidó, y aun pasmado el conde de Namur al oír tan santa y tan generosa resolución, solo le respondió con sus lágrimas; y como era un príncipe muy piadoso, no se quiso oponer á la voluntad del Señor y á una vocación tan señalada. Obtenida, pues, su licencia, fué Gerardo á despedirse de su tío el obispo de Lieja, y después partió á San Dionisio. Ya se deja discurrir el gozo de aquella célebre comunidad cuando recibió en su gremio á un sugeto tan ilustre. Tomó Gerardo la cogulla de san Benito, y fué toda su aplicación perfeccionarse en la profesión de la vida monástica. Muy desde luego se distinguió tanto en el monasterio, como se había distinguido en la corte. Apenas contaba dos meses de novicio, y ya le proponían á los demás religiosos como un perfecto modelo. A vista de su humildad, de su modestia, de su puntual observancia, de su mortificación y de su virtud, parecía haber revivido en él los Mauros y los Plácidos. Después de su profesión, aprendió á leer, y andaba con la cartilla en la mano como si fuera un niño de cinco años; pero adelantó tanto en poco tiempo, que los superiores le obligaron á recibir los órdenes menores, aunque costó largo combate para vencer su humildad. También le pudieron rendir

á recibir el diaconado; pero fué preciso condescender con él, dándole cinco años de término para disponerse á ordenarse de sacerdote.

Recibió su virtud nuevo esplendor con el ministerio del altar. Ocupado su corazón con una magnífica idea del sacerdocio de Jesucristo, desempeñó esta sublime dignidad con una inocencia y con una pureza de vida que se acercaba mucho á la de los ángeles. Impúsose á sí mismo la ley de celebrar todos los días el santo sacrificio de la misa, y cada vez lo hacía con nuevo fervor, manifestando la devoción y el tierno amor que profesaba á Jesucristo en las lágrimas que derramaba, sin secarse nunca el copioso manantial.

Pero entre tanto no se le apartaba de la memoria la visión que había tenido en la capilla de Broña, ni se había extinguido en su corazón el deseo de enriquecerla con el cuerpo de san Eugenio. Hizo la proposición al capítulo, y refirió en presencia de todos los monjes cuanto le había sucedido, sin omitir lo que el apóstol le había mandado en aquel sueño. Habló con tanta elocuencia, con tanta eficacia y con tanta mocion, que todos los monjes, como por otra parte le estimaban y le veneraban tanto, condescendieron con sus ansiosos deseos.

Habiendo, en fin, conseguido el santo lo que había ansiosamente deseado por tan largo tiempo, se restituyó á su país cargado de aquellos santos preciosísimos despojos, y colocó el cuerpo del santo mártir en su iglesia de Broña, con otras muchas reliquias que también le habían regalado en San Dionisio, cuya traslación se hizo con grande solemnidad el día 18 de agosto de 930. La multitud de milagros que obró después el Señor atrajo la devoción y el concurso de los fieles. Con este concurso se excitó la emulación ó los zelos de los curas del contorno, y se incomodó la ociosa haraganería de los capellanes que el santo

había dejado para el servicio de la iglesia. Fueron tantas las quejas que llegaron al obispo de Lieja contra aquella nueva devoción, que determinó abolirla; pero inmediatamente cayó en una grave y peligrosa enfermedad; y reconociendo su falta, cobró la salud por la intercesión de san Eugenio. Mal edificado san Gerardo de la indevoción de sus capellanes, los despidió, y en su lugar llamó á los monjes de san Benito, siendo este el principio del célebre monasterio de Broña.

A pesar de la repugnancia que tenía el santo á todo género de superioridad, se vió precisado á encargarse del gobierno del nuevo monasterio. Entabló en él la regla y la disciplina de san Benito en toda su pureza; pero como le interrumpiese demasiado su recogimiento el mucho concurso de la gente, y no pudiese conseguir del obispo de Lieja que le admitiese la dimisión de su empleo, hizo fabricar una celda separada, donde vivía como recluso, para conversar mas á su salvo con Dios en perfecta soledad. Eran para él como precursoras de las delicias del cielo las dulzuras que gozaba en la quietud de su contemplación; pero llamábale á vida mas activa la divina Providencia.

Había en Hainaut cierta comunidad de canónigos reglares con el título de san Guislein, que se había relajado un poco con el discurso del tiempo. Determinó reformarla el obispo de Cambray á la solicitud de Gisleberto, duque de Lorena, y le pareció no podía encontrar sugeto mas á propósito para el intento que nuestro san Gerardo. Pero no era fácil reducirle á que dejase el sosiego y el retiro de su celda. Alegó el santo razones, y se valió de ruegos y de lágrimas para que se le excusase aquella nueva carga; mas le fué preciso obedecer, y ni aun se le permitió que mientras tanto se le aliviase el gobierno de su monasterio de Broña, encargándosele á otro interinamente: tan

persuadidos estaban todos á que bastaba su nombre solo para mantener la reforma en todo su vigor. Llegando á Ursidung (asi se llamaba el sitio donde estaba el convento de San Cuislein), dió principio despidiendo á los canónigos, y llamando á él á algunos de sus monjes. Luego comenzó á florecer en él la disciplina monástica; y el espíritu de san Benito, que tenía tan embebido en sí el santo reformador, resplandeció inmediatamente con tanto fervor en Ursidung como en Broña. Introdujo en él, mas con sus ejemplos que con sus exhortaciones, una observancia ejemplar, una mortificación sin límites, y el espíritu de la mas estrecha pobreza; de manera que el monasterio de San Guislein comenzó á ser la admiración de toda Flandes, y echó Dios tan descubiertamente la bendición á sus trabajos, que la mayor parte de los obispos y de los principes vecinos le desearon para reformar los monasterios de su jurisdicción, que habían decaído de la observancia regular. Vióse en precisión de sacrificar á las funciones de la caridad su inclinación al retiro, no permitiéndole su zelo negarse á las necesidades espirituales de muchas comunidades, que verdaderamente estaban necesitadas de reforma. Entonces se palpó con admiración lo mucho que puede la virtud cuando está animada de un zelo legítimo y verdadero. Tomó san Gerardo sobre sí el gobierno de todos los monasterios de Flandes á instancias del conde Arnol, llamado el Grande, á quien había curado milagrosamente del mal de piedra, moviéndole tambien á hacer vida penitente el resto de sus dias.

Así por el número de los monasterios que habían decaído de su primitivo espíritu, como por la calidad de los monjes, que era preciso reformar, se representaba empresa punto menos que imposible. Sin embargo, nuestro santo la llevó al cabo con la mayor

felicidad. En menos de veinte años entabló la reforma en diez y ocho monasterios, viéndose reflorar el fervor y la mas exacta disciplina en los monasterios de san Pedro el Grande, de Bavon, de san Martin de Tornay, de Marchienas, de Hasnon, de Rhonay, de san Wast en Arras, de Turhout, de Wormhout, de san Riquier, de san Bertin, de san Silvin, de san Samer, de san Amand, de san Amado de Duay y de santa Berta.

Y si es verdad que es negocio mas arduo reforma un monasterio que fundarle, ¡qué sudores, qué disgustos, qué desabrimientos, qué fatigas y qué trabajos no le costaria una reforma tan general! Verdaderamente causa admiracion que un hombre solo fuese bastante para recoger tan abundante miés. No fueron solos estos diez y ocho monasterios (los cuales todos veneran á san Gerardo como á su abad) los que se aprovecharon de sus gloriosas fatigas, clamaron por el santo reformador la Lorena, la Champaña y la Picardía, adonde acudió prontamente san Gerardo, é introdujo tan breve y tan felizmente la reforma, que los monasterios de Mauson, Thin, Muatiers y san Remigio de Reims le reconocen como restaurador de la religion de san Benito, y le veneran como á su segundo patriarca.

Aunque tantos y tan penosos trabajos, añadidos á sus rigurosas penitencias, habian quebrantado mucho su salud y debilitado extraordinariamente sus fuerzas, emprendió el viaje á Roma, no obstante su avanzada edad, para solicitar que el papa confirmase todas sus reformas; y á la vuelta visitó todos los monasterios que estaban á su direccion. Hizo despues dimision de esta, y se fué á encerrar en su celdilla de Broña, entregándose entera y únicamente al pensamiento de la eternidad. Era su oracion una continua contemplacion, y en las íntimas y dulces comu-

nicaciones que tenia con su Dios se disponia aquella grande alma por el ejercicio de un purísimo amor para ir á recibir en el cielo la debida recompensa. Toda la vida habia profesado una tierna devocion la santísima Virgen, delante de cuya imágen, y en presencia de Jesucristo en el sacramento del altar, pasaba en oracion noches enteras. Colmado, en fin, de merecimientos y lleno de dias, terminó tan santa y tan dilatada carrera con la muerte de los justos el mismo dia 3 de octubre del año 959 en que la Iglesia celebra su memoria. Creció su culto con los muchos y portentosos milagros que se obraron en su sepulcro despues de los que habia hecho en vida; y su santo cuerpo fué elevado de la tierra el año de 1131, tomando despues el nombre de san Gerardo la iglesia de Broña, la que le venera por su tutelar.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« Abstiénese el P. Croiset con aquel gran tiento y con aquella juiciosa crítica que acostumbra, no solo de decir, pero ni aun de dar á entender remotamente que el cuerpo de san Eugenio, mártir, trasladado en el décimo siglo del monasterio de San Dionisio al de Broña, fuese el de san Eugenio, arzobispo ú obispo de Toledo, que padeció martirio en Diolo, de la comarca de París; pero da por hecho constante que el monasterio de San Dionisio regaló á san Gerardo todo el cuerpo de san Eugenio, mártir. Surio no dice que se diese al santo abad todo el cuerpo, sino una insignia reliquia de él; pero supone como cosa indubitable, que esta reliquia era de san Eugenio, mártir y obispo de Toledo, cuya opinion adopta el P. Rivadeneyra en la vida del mismo santo el dia 13 de noviembre. Sabemos todos que en el siglo XII, estando en España Luis VII, rey de Francia, su suegro

Alfonso, asimismo VII, rey de Castilla y de Leon, que se llamó emperador, le pidió el cuerpo de san Eugenio, arzobispo de Toledo, que se veneraba en el monasterio de San Dionisio de Paris, donde algunos años antes Raymundo, arzobispo de Toledo, habia leído esta inscripcion: *Aquí yace san Eugenio, mártir, primer arzobispo de Toledo.* Ofreciósele el rey; pero por las dificultades y por las oposiciones que encontró en los monjes de San Dionisio, como dice el P. Orleans (lib. 2 de las Revoluciones de España, año de 1152), no pudo enviarle mas que el brazo derecho. Esto prueba que el cuerpo de san Eugenio, arzobispo de Toledo, estaba todavía en el real monasterio de San Dionisio en el siglo duodécimo, y por consiguiente, que el trasladado á Broña en el siglo décimo por san Gerardo fué de otro san Eugenio muy distinto. Pero la prueba mas concluyente y en su género demostrativa es, que las dificultades que no pudo vencer Luis VII las venció Carlos IX en el siglo décimosexto, haciendo que los monjes de San Dionisio sacasen el cuerpo de san Eugenio del mismo sitio donde el arzobispo don Raymundo habia leído la inscripcion, y se le entregasen á don Francisco Manrique de Lara, entonces canónigo de Toledo, y despues religioso de la Compañia de Jesus, todo á instancia de la santa iglesia de Toledo, y por la real mediacion de Felipe II, rey de España, cuya traslacion á la referida santa iglesia se hizo con la mas augusta majestuosa pompa que se vió jamás en esta monarquía, pues llevaban la sagrada urna sobre sus reales hombros el rey, el principe don Carlos su hijo, y los archiduques de Austria, sus sobrinos.

» De estos hechos, que son innegables en la historia eclesiástica de España y Francia, se infiere con evidencia que la reliquia de san Eugenio, mártir, que se venera en la iglesia del monasterio de Broña, hoy

de San Gerardo junto á Namur, no es ni puede ser de san Eugenio, primer obispo de Toledo, como lo quiso Surio y lo copió el P. Rivadeneyra. Casi doscientos años despues que salió del monasterio de San Dionisio aquella reliquia, en la expresion de Surio; ó aquel cuerpo, en la del P. Croiset, estaba todo el de san Eugenio, primer arzobispo de Toledo, en la iglesia del mismo monasterio, como consta de la inscripcion que leyó en ella el arzobispo don Raymundo con ocasion de asistir al concilio de Reims, que se celebró el año de 1119, treinta y tres años despues que se tuvo en España la primera noticia de este precioso tesoro que poseia el monasterio de San Dionisio; es decir, en el año de 1152 se le ofreció generosamente el rey Luis á nuestro emperador don Alfonso, suponiéndole en el mismo monasterio, aunque no ignoraba el rey la voz que andaba entre el vulgo de Francia, y no podia andar en otra parte, de que el cuerpo de san Eugenio, arzobispo de Toledo, estaba en el monasterio de San Gerardo de Namur. Finalmente, mas de cuatrocientos años despues fué auténtica y solemnemente entregado el santo cuerpo por el abad del monasterio de San Dionisio á un canónigo de Toledo para ser colocado en aquella santa iglesia primada de las Españas. Así, pues, no se puede racionalmente sostener que el cuerpo de san Eugenio que se venera en el monasterio de Broña, ó de San Gerardo de Namur, sea el de nuestro primer obispo de Toledo, sino de algun otro de los catorce santos Eugenios, mártires, de que hace mencion el martirologio romano.

» A esto se añade que, segun el sueño ó la revelacion del apóstol san Pedro á san Gerardo, el Eugenio, con cuyas reliquias habia de enriquecer su nueva iglesia, habia sido discipulo del apóstol; y san Eugenio, primer obispo de Toledo, no fué discipulo de san Pedro, sino de san Dionisio Areopagita, como lo dice

la Iglesia. Si san Gerardo hubiera enriquecido su iglesia con las reliquias de este, no se hubiera conformado con la revelacion.

Finalmente, estando el cuerpo del grande san Dionisio Areopagita en el célebre y real monasterio que se honra con su nombre, á pesar de las dudas que han querido suscitar algunos sabios criticos de estos últimos tiempos, aun dentro de la misma Francia, atropellando por la antiquisima tradicion de mas de doce siglos, y por el unánime consentimiento de la iglesia griega y latina, y habiendo sido san Eugenio el principal discípulo de aquel insigne santo, era consiguiente que, despues del sagrado cuerpo de su santo patrono, ningun otro venerase ni apreciase mas aquel real monasterio que el de su amado discípulo. Siendo esto así, ni un hombre tan cuerdo y tan prudente como san Gerardo tendria valor para pedirsele, ni es verisímil que aquella gravisima comunidad tuviese la condescendencia de concedérsele, especialmente que, siendo fundacion real el monasterio y sepulcro de los reyes cristianisimos de Francia, era indispensable el consentimiento del rey para enajenarle.

» Añade mucha fuerza á esta reflexion lo que efectivamente sucedió con el mismo rey Luis VII; pues teniendo empeñada su real palabra con el rey de Castilla don Alonso de que le enviaria el cuerpo de san Eugenio, primer arzobispo de Toledo, halló tanta resistencia y tanto dolor en los monjes, que hubo de ceder y desistir en parte de su intento, contentándose con enviar al rey de Castilla el brazo derecho del santo arzobispo. ¿Quién ha de creer que doscientos años antes consiguiese de aquella comunidad, con sola su elocuencia y representacion, un individuo de ella, lo que no pudo lograr despues con toda su autoridad y con todo su poder el empeño del monarca? Logrólo, en fin, el de Carlos IX y el de su madre la

reina Catalina de Médicis, regenta del reino, por las criticas circunstancias en que este se hallaba, y precisaban á contemporizar, aun en pretensiones mas arduas, con el rey de España Felipe II.

« Parecióle al traductor que debia prevenir á los lectores con esta nota, mas prolija de lo que lleva de suyo el carácter de la obra; porque, diciendo el P. Croiset por una parte que el cuerpo de san Eugenio, mártir, está en el monasterio de Broña, hoy San Gerardo de Namur; y asegurando por otra Rivadeneira con Surio que la reliquia que se venera en el monasterio de *Bronio* (así le llama este autor) es de san Eugenio, primer arzobispo de Toledo, no le tentase á algun crítico de los muchos que hoy se usan, á disputar á nuestra gran primada la posesion del verdadero cuerpo de su primer prelado y pastor; pues, aunque ninguno tendrá osadía para negar la majestuosa y verdaderamente augusta traslacion que se celebró en tiempo de Felipe II, puede en alguno llegar el arrojo á querer componerlo todo con decir que la Francia nos embocó el cuerpo de un otro cualquiera san Eugenio por el del primer arzobispo de Toledo. A la verdad la arrogancia seria temeraria; pero ¿será por eso sin ejemplo? »

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en el Oso Peinado, san Cándido, mártir.

En el propio dia, san Dionisio, san Fausto, san Cayo, san Pedro, san Pablo y otros cuatro, quienes, despues de haber sufrido mucho bajo Decio, alcanzaron por último la palma del martirio en medio de los tormentos con que los afligió largo tiempo el presidente Emiliano bajo el emperador Valeriano.

Entre los antiguos Sajones, dos santos mártires llamados Ewald, presbíteros, quienes, habiendo em-

pezado á anunciar á Jesucristo, fueron cogidos y entregados á la muerte por los paganos. Una gran luz, que apareció sobre sus cuerpos durante la noche, hizo conocer donde estaban y cual era su mérito.

En Africa, san Maximiano, obispo de Bagaya, quien, despues de haber sufrido muchas veces tormentos crueles de parte de los donatistas, y haber sido precipitado por ellos de una alta torre, fué dejado por muerto. Algun tiempo despues, murió en paz con la honra de una gloriosa confesion de fe.

En Palestina, san Hesiquio, confesor, discípulo de san Hilarion y compañero de sus viajes.

En Bélgica, diócesis de Namur, san Gerardo, abad. En Beauvoisis, santa Romana, venerada como virgen y mártir en Beauvais.

En Fontenay-le-Chatel, á la falda de los montes de Voge en la Lorena, santa Mana, virgen.

En Sens, san Ambrosio, obispo.

En Tolon, san Cipriano, obispo, discípulo de san Cesáreo, y escritor de su vida.

En Atenas, el martirio de san Dionisio el Arcopagita, primer obispo de aquella ciudad.

En Africa, san Saparga, y otros dos, mártires.

En Oriente, san Rústico y san Eleuterio, decapitados en defensa de la fe.

Entre los Griegos, san Teoctisto, mártir.

Allí tambien, san Teágenes, quemado por haber confesado la fe de Jesucristo.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:*

Intercessio nos, quæsumus, Suplicámoste, Señor, que la  
Domine, beati Gerardi abba- intercesion del bienaventurado  
tis commendet; ut quod nos- abad san Gerardo nos haga gra-

tris meritis non valemus. ejus  
patrocinio assequamur. Per  
Dominum nostrum...  
tos á vuestra divina Majestad,  
para que consigamos con su  
proteccion lo que no podemos  
con nuestros merecimientos. Por  
nuestro Señor.

*La epístola es del cap. 45 del libro de la Sabiduria.*

Dilectus Deo, et hominibus,  
cujus memoria in benedictione  
est. Similem illum fecit in glo-  
ria sanctorum, et magnificavit  
eum in timore inimicorum,  
et in verbis suis monstra pla-  
cavit. Glorificavit illum in cons-  
pectu regum, et jussit illi cor-  
ram populo suo, et ostendit  
illi gloriam suam. In fide, et  
lenitate ipsius sanctum fecit  
illum, et elegit eum ex omni  
carne. Audivit enim eum et  
vocem ipsius, et induxit illum  
in nubem. Et dedit illi coram  
præcepta, et legem vitæ et dis-  
ciplinæ.  
Fué amado de Dios y de los  
hombres, y su memoria es en  
benediccion. Dióle una gloria se-  
mejante á la de los santos, y le  
engrandeció para que le temie-  
sen los enemigos, y amansó los  
monstruos por medio de sus  
palabras. Ensalzóle en presencia  
de los reyes; le dió sus órdenes  
delante de su pueblo; y le ma-  
nifestó su gloria. Le santificó en  
su fe y en su mansedumbre, y le  
escogió de entre todos los hom-  
bres. Porque oyó y escuchó la  
voz de Dios, y le introdujo en  
la nube. Y le dió en público sus  
preceptos, y la ley de vida y  
de ciencia.

NOTA.

« Los judíos nunca han querido reconocer por canónico el libro del Eclesiástico de donde se sacó esta epístola; pero toda la Iglesia católica le ha venerado siempre como tal; es decir, como obra inspirada de Dios, que compone parte de la sagrada Escritura; y así la tradicion como todos los padres reconocen su canónica autenticidad, habiendo sido el libro espiritual de todos los siglos. »